

UNIV. OF ARIZONA

863.6 J61

mn

Jimenez, Guillermo/Del pasado



3 9001 03977 9205











GVILLERMO JIMENEZ

DEL PASADO



ENCUENADO

8741



DEL PASADO

DEL AUTOR:

*Almas Inquietas.*—Bouret, 1916.

GUILLERMO JIMENEZ

# DEL PASADO

PROLOGO DE ENRIQUE GONZALEZ MARTINEZ

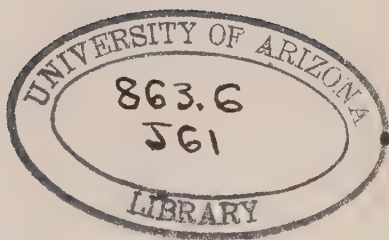
== CUBIERTA DE JORGE ENCISO ==

MEXICO

ANDRES BOTAS E HIJO

LIBRERIA, 1a. BOLIVAR, 9.

1917



## PRÓLOGO

42224



*ESTE género literario de la narración breve, del esbozo ligero, del apunte fugitivo, convida a cultivarlo por su facilidad aparente. Cabe con holgura en una página, y parece que demanda poca intensidad de labor, esfuerzo insignificante y brevísimo tiempo; pero, en realidad, es un género difícil. Cada nota de esas que parecen escritas a vuela pluma, ha menester un suave perfume de gracia, o una observación penetrante, o una discreta ironía, o una trascendencia oculta, o una emoción sutil y refinada. Estas minúsculas gra-  
geas literarias deben estimular como una droga excitante, producir*

*picor en la lengua, o, cuando menos, perfumar el aliento. Lo soso está prohibido. De esta literatura, más que de cualquier otra, debe desterrarse lo mediocre.*

*A pesar de su facilidad engañosa, el cuento breve, en todas sus formas, tiene en México muy escasos cultivadores. Muchos, de seguro, habrán abandonado la tarea al primer ensayo y renegado de su poca gracia. Téngaselo Dios en cuenta y págueles el propósito de no incurrir de nuevo en el pecado, convencidos de que estas flores de invernadero no son para cultivadas por manos toscas y al aire libre.*

*El autor de esta colección es un joven que ha publicado ya otra del mismo carácter con el sugestivo título de ALMAS INQUIETAS. Ha tomado su labor en serio como conviene a escritores bien nacidos, y cuida de su arte como fin noble y no como vulgar pasatiempo. De un li-*

*bro a otro el progreso es visible; pero yo garantizo que el mismo autor no presume de haber puesto ya fin y remate a su laudable esfuerzo. Como tiene juventud y alientos, como es trabajador, inteligente y entusiasta, y como está en camino de que el gusto y el estilo se depuren, firmemente creo que hará la obra que sueña. Ya este segundo volumen de sus prosas cumple muchas de las promesas del primero. Para dominar por completo esos complicados problemas de psicología femenina en que se complace su sinceridad juvenil, la vida, gran maestra, le irá enseñando lo que hoy apenas presiente o adivina.*

*Y en tanto llega la hora de la realización absoluta, mientras el escritor va cobrando bríos y el estilista es más dueño de su pluma, es de justicia alentarlo y aplaudirlo.*

**Enrique GONZALEZ MARTINEZ.**



# OFRENDA

*Para Amado Nervo y  
Enrique González Martínez.*

*Espiritualmente,*

G. JIMENEZ



*Para Efrén Rebolledo*

DEL PASADO



 EN un viejo baúl forrado de cuero, encontré unas páginas amarillentas, que tal vez escribió un abuelo mío amoroso y romántico.

Las mayúsculas parecen de un antiguo libro de horas, son primorosas filigranas; la primera está ornamentada deliciosamente con un corazón coronado de rosas, y la última con un corazón que tiene clavados siete puñales.

Todo lo copio al pie de la letra, y con la devoción con que copiaría una dulce plegaria que hablara de amor.

**D**UESTROS amores fueron blancos y olorosos como un velo de novia, salpicado de flores de naranjo; dulces como el temblor de un salmo en los labios purísimos de una novicia; melancólicos como el sonar litúrgico de las esquilas, cuando los labradores vuelven a su hogar, entre el balar de las ovejas y al paso lento de sus yuntas...

Fué al salir de misa: de las manos traía a sus hijas, a Ida y a Olga; María de la Paz caminaba adelante. Tres hijas, preciosas como botones hechos de nieve sonrosada.

Acércate—me dijo Marta—que las niñas se vayan adelante con María de la Paz.

Me dió curiosidad su palidez mate—una palidez augusta como la de una orquídea que se desmayara en el oro de un vaso sagra-

do—y la pregunté si estaba enferma.

Sus ojos—ojos que cerré tantas veces apasionadamente con mis labios—languidecieron, y en su boca se prendió una sonrisa de santidad y de abandono.

—No tengo nada. ¿Qué me ves?

—Tus ojeras me dicen de pesares escondidos.

—Es que dormí mal esta noche. Pensé mucho en tí.

Y se calzaba los guantes.

—Dámelos, Marta, ya no los uses.

Riéndose tiernamente, me interrogó si iba a establecer un museo de antigüedades, y me tendió los guantes, unos guantes negros, de seda, perfumados, que sabían de las suavidades de sus manos.

Les dí un beso lleno de amor y de respeto, como si besara una reliquia o un ornamento místico, y los guardé anhelante y devoto.

—Ahora me faltan tus cabellos.  
—¿Para qué los quieres?  
—Para besarlos también, para que eternamente me acompañen.

—¡Loco!

—Tú tienes la culpa.

Marta se rió.

—Entonces... Esta noche.

—¿A las diez?

—Sí.

Besé a las tres princesitas, y Marta y yo nos apretamos las manos amorosamente.

 ACÍA frío. Tenía más de media hora esperando bajo las enredaderas floridas. La verja no se abría. Un rumor de pisadas llegó a mí y se perdió tenuemente. Los geranios, bañados de luna, temblaban modulando un arrullo...

La sangre se me heló; las ma-

nos blancas de Marta se posaron en mis hombros.

—Perdóname, murmuró.

—Marta, sólo Dios sabe lo que es esperar un minuto!

—Que Dios te lo tome en cuenta... Vamos a la sala, Ida y María de la Paz se acaban de dormir...

—Adonde tu quieras.

Marta llevaba las trenzas flojas, atadas con un listón negro. La besé en las manos y en la nuca, mientras atravesamos el corredor cuajado de palmas y de flores.

Al enlazar su cintura, el adorno de su bata se enredó en los botones de mi manga.

—Espera, mi bien, porque me rompes.

—Te adoro, Marta, te adoro... Y en el diván carmesí de la sala tibia, la senté a mi lado y hundi mi boca sensual en sus cabellos negros...

Y mientras nuestras almas temblaban de amor y nuestras bocas tejían los más raros besos de voluptuosidad y de ensueño, vimos a la luna, una gran luna de epitalamio, que parecía hostia santa sobre una dalmática azul recamada de oro.

—Ya vete... Y me volvió a echar los brazos al cuello reclinando dulcemente en mi hombro la maravilla de su cabecita olorosa.

—Ya vete—repitió tenuemente—van a despertar mis hijas.

Amanecía... un amanecer de égloga, lleno de frescuras y de cantos. A lo lejos se oían las clarinadas de los gallos y el glugluteante charlar de una fuente.



DA tocaba el piano, Olga tejía gancho y María de la Paz acariciaba a una linda gatita blanca, de ojos verdes, que dormitaba en un cojín carmesí.

Melancólicamente me decía Marta:

—¿Ves? Mis hijas ya están grandes. Ida es ya una señorita que interpreta a Beethoven, y Olga salió a su abuela. ¡Pobre madre mía, fué una santa mujer, que vivió tejiendo chambritas para los niños pobres!

A un mismo tiempo suspiramos.

Mi madre, que también fué una santa, se ocupaba en tejer y sacar hilas para los enfermos.

—¿Estas triste, Marta?

—Quiero decirte mil cosas; espera que salgan las niñas.

Ida cerró el piano y salió con Olga.

María de la Paz dejó a la gati-  
ta y vino a arrullarse en los bra-  
zos de Marta, y pronto se quedó  
dormida.

—Tengo frío, Marta, dame un  
beso.

—Acércate, será el último.

—¡El último!

—Era lo que quería decirte: mis  
hijas ya están grandes, y no quie-  
ro darles mal ejemplo.

—¡Marta!

—Te quiero mucho, amigo mío.  
Voy a acostar a María de la  
Paz.

Y salió con la niña en brazos  
volviendo a pocos momentos.

La senté en mis piernas, y cerré  
sus ojos con un beso.

—Somos unos locos...

—Te adoro, Marta...!

—Vamos sepultando esta pa-  
sión, por mis hijas... Seremos los  
mejores amigos.

Me besó en la frente y una hor-

quilla se desprendió de su peinado.

No la contesté, la estreché con locura y le desabotoné la bata...

Las estrellas brillaban como margaritas de luz y en mis brazos palpitaba Marta, desmayada de amor...

---

¡Pobre Marta! es una vírgen; mientras sus labios pálidos piadosamente rezan por mí, yo beso el mechón oloroso de sus negros cabellos, evocando la dulzura de su voz y el hechizo de sus ojos...

---

Y así acaban las páginas amarillentas, de mayúsculas ornamentadas, empapadas de amor y de un vago perfume de heliotropos muertos.



*A José Juan Tablada.*

MARÍA ELENA



**F**RENTE a la mesa del *bar*, con los ojos fijos en la copa bermeja, Octavio recordaba sus amores con la Nena.

La conoció una noche de enero al salir del restaurant, bajo la fascinación de una luna enorme.

Al llegar a la alameda, lo más natural, se hicieron amigos.

Hablaron del frío, del crepitar de las hojas, de la melodía de las fuentes, de todo, de todo charlaron, menos del amor.

—Es usted poeta?

—Soy pintor, María Elena, y repitió el nombre muchas, muchas veces.

—Le gusta? Si mi nombre es muy vulgar...! María Elena! ¡Hay tantas Marías Elenas...! Eudora, Leonor, Clara... ¡Si me llamara así! ¿Qué no le agradan más estos nombres que el de María Elena?

—No, prefiero María Elena, como usted prefiere las violetas a las rosas; como a usted le seduce más el discreto aroma de los lirios que el de los crisantemos... María Elena... ¡Que bien se oye! María Elena...

Y diciendo mil bagatelas y mil frivolidades, del brazo atravesaban la senda.

Al día siguiente, en el cuarto número seis, del tercer piso de una casa, en un barrio muy apartado, María Elena y Octavio, entre risas jocundas y besos tiernos como madrigales, comían violetas empapadas de vino...

Eran los más cariñosos herma-

nos, los mejores amantes; cuando Octavio lloraba, María Elena le besaba en los ojos; cuando María Elena reía. Octavio bebía su risa.

Un día, la Nena no volvió más al cuarto número seis; las violetas del jarro se murieron y se acabó la loca alegría del estudio; y Octavio, arrastrando su desconsuelo por calles perdidas y tabernas tristes, lloraba su amor pasado...

---

María Elena, dejando el manguito y las joyas sobre el tocador, fué y besó la senda calva de don Arturo.

—Estoy encantado con mi compra, Elena mía, es un cuadro admirable, una linda cabecita bañada de violetas. ¡Se parece tanto a tí...! Así has de haber sido tú, vida mía.

María Elena entornó los ojos y se mordió los labios.

—La compré a un pobre muchacho de melena fiera y de ropas raídas, un bohemio quizás... Míralo, es una cabecita de ninfa... Tus ojos, tu boca, tu frente...

María Elena, llorando, dijo a don Arturo:

—Amigo mío, me siento enferma, vamos a tomar el té.

Calándose las gafas de oro, el viejo murmuró:

—Eres complicada, María Elena, excesivamente complicada...

*A Guillermo Valencia S.*

TRIFALDÍN





ROBERTO leía el periódico. Isaura, meciéndose en el sillón, reía con esa risa histérica y loca que es en veces de amargura y en veces de ironía, y besaba el hociquito frío de Trifaldín, del falderillo consentido, que orgulloso y zalamero movía la cola y las orejas.

—Trifaldín, Trifaldín mío, eres un encanto—decía la muchacha castañueleando los dedos—es un primor tu nariz y dos primores son tus ojos de topacio. Mi marido, ese hombre sin corazón, es un perro para tí, mi querido Trifaldín, pero... ya verás, yo me encargaré de que te quiera, de que pase su mano con cariño por tu

lomo blanco y sedoso y de que te dé besos...

—Roberto, mira a Trifaldín; mira que mono; mira que bien se ve con su collar de plata... Trifaldín, aquí... Acá, Trifaldín.. Y Trifaldín, ligero y flexible como un gato, brinca del cojín a la mecedora, de la mecedora a la alfombra y de la alfombra a las piernas de Isaura; y después, cual un perro de circo, se paraba en las patas traseras y andaba con la arrogancia y el dejo de un *dandy* de la calle de San Francisco.

Roberto siguió leyendo.

Llegó la hora de la cena. Isaura no habló media palabra, ni quiso tomar nada; y el mimado falderillo, en las piernas de la muchacha, comía pan untado de mantequilla.

---

Isaura, metida en la cama blanda y tibia, con las trenzas sueltas

sobre las almohadas llenas de blondas, acariciaba a Trifaldín.

Roberto entró a la alcoba y encendió la lámpara japonesa.

—Vete, Roberto, despiertas a Trifaldín.

—Isaura! Isaura!

—¡Cállate!—murmuró la locuela llevándose el índice a los labios rojos.

—No lo despierto. Isaura; lo cogeré con cuidado y lo llevaré a mi cama y lo colocaré entre cojines... Así, mira, no lo despierto.

Roberto cogió dulcemente en sus brazos al falderillo acariciándole el lomo blanco y sedoso, y en voz baja y suplicante le decía:

—Vamos a mi cama perritillo.... No despiertes, Trifaldín...

Isaura, bañada por la luz ambarrina de la lámpara nipona, se moría de risa, de esa risa histérica y loca que en veces es de amargura y en veces de ironía.



1  
[ *Para Alfredo Velasco.*

CONFIDENCIA





INFINITAMENTE agradezco tus violetas; están en mi tocador olorosas y frescas como acabadas de cortar —dijo Rosalía empapando su pañuelo de perfume.

—Ese manojó de flores es a cambio de confidencias; no quiero irme de tu lado con la tristeza de tu reserva.

—Qué curioso eres, Alfonso. Si ya todo te lo he contado; no tengo secretos para tí.

—De tu primer amor, nunca me has dicho una palabra...

Rosalía sonrió ligeramente.

...Sí, de tu primer amor; qué

extraños eso; que más da que me relates tus afectos de ayer. Tu vida se me antoja un breviarío de pasión, de exquisitez y de ensueño.

—Las apariencias engañan; tú eres soñador y lo ves todo al través de un temperamento armonioso y delicado; mis goces han sido relativos y en cambio he vivido todos los dolores... ¡Mi primer amor...! Tal vez fué mi primer sufrimiento... Sí, y es un pesar que irá unido a mi vida entera...

—Rosalía!

—No te asombres. En el bosque, mañana al atardecer, serás mi confidente.

—Gracias, Rosalía. Mañana a las cinco.

---

La fiesta del crepúsculo se copiaba en la diafanía del lago.

El viento cantaba una elegía en las ramazones grises.

—Rosalía...

—Alfonso...

Y oyeron una voz lamentable:

—“Rosalía, una limosna por amor de Dios.....”

Era un mendigo paralítico, que envuelto en harapos se arrastraba lastimosamente.

—Qué caritativa eres, amiga; ese infeliz te conoce por tu nombre.

—Sí, Alfonso—murmuró Rosalía enjugándose dos lágrimas—esta es mi confidencia. ¿Lo ves? Ese hombre asqueroso y lacisvo como un sileno infernal, fué el primero que me besó en la boca... Y sin embargo, lo recuerdo con placer y con odio...

Las hojas amarillas puntuaban de oro la calzada, y las estrellas temblaban en el lago dormido.



*A Ignacio Enríquez Cárdenas.*

## LA ÚLTIMA SONRISA





OS dos trabajaban en el circo.

En sus cabecitas rubias amorosa jugaba la luz unánime de los mecheros.

Teddy, vestido de rojo, tejía raras figuras en el trapecio.

Elsa, en un rico tapete de Damasco, fugaz como un suspiro de amor, ondulante y fascinadora como una serpiente loca, danzaba, danzaba pisando crótalos y despetalando lirios... Su cuerpo ducal, acariciado por un crespón perla, giraba maravillosamente, dejando en la retina la plástica,

la estética emoción de lo etéreo, de lo intocable.

Como ofrenda devota y única para aquella visión vaporosa y rítmica, las notas de los violines morían en la línea final de los alados pies de la danzarina.

Era un delicioso baile callado, en que triunfaba la gallardía de la curva y que se esfumaba con el donaire de una nube.

Aplaudía el público y frenético gritaba; y los ojos anhelantes y lúbricos, como saetas se clavaban en aquel desnudo terso y flotante.

Teddy, en lo alto, suspiraba; y Elsa, pisando pétalos, sonreía, sonreía...

---

Pálida, como una egregia estatua yacente, envuelta en la blancura mate de las sábanas de lino, Elsa pierde sus dedos de marfil en sus cabellos rubios.

La vida es así...

Sus piernas de canéfora perdieron la euritmia exquisita, están insensibles, muertas....

Como un suspiro de amor, una nube fugaz peregrina en lo azul.

---

—Pasa, Teddy...

Y entró el payaso y la gloria de mil rosas sonrosó la blancura de las sábanas de lino.

—Es tarde, Teddy, la parálisis me mata...

Lloraba el payaso; y la danzarina sonreía, sonreía....



*A Don Francisco J. de Gamoneda.*

CARTAS DE MUJERES





E he dicho a usted que me choca horriblemente. Su melena alborotada, sus corbatas chillantes, su manera pedante de mover el bastón, me ponen en un estado de nerviosidad indecible; además, sus calcetines de colores indiscretos me hacen el efecto de... ni pensarlo; me choca y me choca.

## II

...Estoy llena de pena, no me fué posible conciliar el sueño; en tu cuarto dejé ayer, junto a la Venus, mis guantes y mi rosario;

mañana a la caída de la tarde iré por todo; no seas presuntuoso y creas que el olvido fué intencional; los hombres sois muy ligeros y pensais unas cosas que ni siquiera imaginamos nosotras. ¡Somos tan candorosas...!

### III

...Altamente disgustada estoy contigo; eres un ingrato; le contaste a mi prima que no te casabas; hice tal rabia, que amanecí enferma. Sentí deseos de romper tus cartas, pero al abrir la cajita donde tengo mis cosas íntimas, vi tu retrato y llorando lo bañé de besos y de lágrimas... Así somos las mujeres de tontas...! Esta noche te espero en el Cine, ya sabes, en nuestro lugar predilecto; allí tendremos un arreglo. Muevas dulces, no se te olvide ¿eh?

## IV

...A las cinco de la tarde, en el sermón de Santa Brígida.

## V

...Todo, todo te envío; estoy fastidiada de tanta comedia; los hombres sois falsos y más volubles que la mujer y la ola... Las mujeres somos sentimentales y sinceras, y capaces de arrancarnos el corazón por el hombre a quien amamos... Adiós para siempre.

P. D. Conservaré el guardapelo de oro que me regalaste, porque en él guardo tu retrato.

## VI

...Perdí el «borrador» en misa, y por eso no te escribo largo. Yo no hago literatura como tú; la

retórica solo sirve para los niños románticos; para tí y para mí, las cartas salen sobrando porque todo nos lo decimos en el ritmo de un beso...

*A Víctor de Castro.*

---

*De la Real Academia Gallega.*

---

AMOR AJENO



## PERSONAJES

LETICIA,  
ADOLFO Y  
CARLOS.





TALIER de pintura, caballetes, cuadros, jarros japoneses, dos panoplias con rica colección de armas, sillas antiguas cubiertas de brocado y sedas viejas. El ámbar del crepúsculo se cuele por los cristales emplomados y se acurruca en los marfiles y en los corimbos rojos.

## ESCENA I.

Adolfo corona de violetas y de margaritas a un cráneo amarillento y después hojea un pergamino. Carlos acaba de trabajar en el retrato de Leticia y ésta se cubre con el boa el hombro desnudo que besa el oro crepuscular.

ADOLFO

(Sin cambiar los ojos del libro) ¿Te vas, Leticia?

LETICIA

Ya es tarde, tengo dos horas aquí.

ADOLFO

Dos horas...!

CARLOS

(Dejando la paleta y los pinceles) descansa, es muy temprano, serán las seis. (Asomándose al ventanal) Está muy clara la tarde, la luz todavía no se enciende.

LETICIA

¿Quieres charlar más? Eres incansable!

CARLOS

Si no hemos dicho nada, todo el tiempo te has estado cual una

esfinge, callada, callada... y a mí se me ha ido en decirte que pongas así los ojos y así la boca.

ADOLFO

(Con ironía y sin levantar los ojos)  
Y no has encontrado el gesto!

CARLOS

Es rebelde ese mirar. (A Leticia)  
Ven a la ventana que da al jardín, recibiremos la frescura de la fuente y el aroma de las rosas.

LETICIA

Tengo que ver unos ópalos rojos.

ADOLFO

Si son las seis...

LETICIA

También la modista me espera.

## CARLOS

Deja eso, ven, hablaremos un momento, sólo de tí, sólo de mí y olvidaremos el pasado.

## LETICIA

El pasado..... (Melancólicamente)  
El pasado no se olvida, es una cosa que llevamos dentro, es nuestra misma existencia; que se aduerma, que lo arrullemos con nuevas sensaciones, eso no es olvidar..... (Coge del cráneo una margarita y la prende en la solapa de Carlos, éste abre los cristales del ventanal y en chorros entra el perfume de la tarde.) No es para que la preguntes si te quiero o no te quiero; no la deshojes, ni quieras hacerla sufrir; las pobrecitas sienten como nosotros..... y hasta mañana, amor. (Se prende el sombrero y se envuelve la cara en el velo. A Adolfo.) Adiós, amigo mío, cuidado,

cuidadito con la pasión por los libros viejos, mi viejo amigo.

ADOLFO

Mi pasión eterna, Leticia: mujeres y libros.

Carlos la besa y la acompaña a la puerta.

LETICIA

(Viendo la lejanía.) Ya murió el crepúsculo.

CARLOS

Y no han despertado las estrellas.

## ESCENA II.

Adolfo y Carlos.

ADOLFO

(Volviendo los ojos al ventanal.)  
¡Qué cielo, qué nubes, qué gloria

del claro-oscuro! Así me encanta el morir de la tarde.

CARLOS

(Encendiendo un tabaco.) Qué raro eres, Adolfo, a mí me vuelve loco el derroche de colores; el rosa me torna alegre, el verde y el lila parece que envuelven a mi espíritu de serenidad. (Contemplando el retrato de Leticia.) Le hace falta no sé qué, en la mirada, en los labios; alguna cosa muy de ella que no he logrado encontrar. Tu boceto, amigo mío, tiene más alma, más intención; no tiene ese velo de tristeza que bulle en mi lienzo; tu cuadro es Leticia fragante y primaveral; y el mío es Leticia otoñal y enferma.....

ADOLFO

(Dejando el pergamino.) Mañana, cuando Leticia esté frente a tí,

la miraré en los ojos y encontrarás su gesto y la alegría de su cara.

CARLOS

(Con interés.) ¿Te quiere todavía?

ADOLFO

(Se levanta, cierra el ventanal y hace luz.) Ya no la quiero yo.

CARLOS

(Suplicante.) Dime si la quieres.

ADOLFO

Te juro que no. Es un caso curioso... sin importancia. Tú nunca te habías fijado en mi "modelo," yo te la metí por los ojos, elogiaba su risa, su garbo, su gracia y su frescura; te contaba de sus ojos de hechizo y de sus labios jugosos, de sus senos de sándalo, de los rizos, que como pequeños nidos se le formaban en la nuca

y de sus pies nacarados. Leticia, Leticia, te decía yo, y ponía en su nombre toda mi ternura y toda mi pasión; quería, deseaba enseñarte a quererla, a que la amaras, a que la adoraras como yo, y en tu interior germinó la semilla. Este es el caso, el amor que le tienes a la que fué mi amante y “mi modelo,” no es un amor tuyo, es una ampliación, es una prolongación..... ¿Cómo te diré? Es el amor mío, el amor que yo le tuve es el que te hiere y aguijonea el corazón.

CARLOS

(Pensativo.) ¿Y ella, y Leticia?

ADOLFO

Leticia, convencida de que yo amaba más a Eulalia, por una sentimentalidad morbosa, por un egoísmo loco, su amor buscó hos-

pedaje en tu corazón y... ¿Verdad, querido Carlos, que es un caso curioso y sin importancia?

Comienza a llover, las gotas golpean el ventanal y chorrean en los cristales.

CARLOS

(Deshojando la margarita, recuerda las palabras de Leticia.) “No la deshojes, ni preguntes si te quiero o no te quiero...”

ADOLFO

(Riéndose suavemente.) Estás romántico, Carlos.

CARLOS

(Pálido y tembloroso, coge su sombrero.)

ADOLFO

¿Adónde vas? ¿No ves cómo llueve?

CARLOS

(Saliendo.) Déjame, necesito frescura, deseo que las gotas heladas caigan sobre mi frente...

*A los amados, a los tiernos*

---

*ojos de mi madre.*

BERENICE



## PERSONAJES

CZARINA.

MARÍA TERESA.

LUIS MANUEL.

UN CRIADO.



## ACTO UNICO



LEGANTE salón decorado de verde y oro, una mesa con un esbelto jarrón de cristal rebo-sante de rosas, y un juego de té; en un ángulo del salón una colum-na que ostenta una linda figurita de biscuit. Sofá y sillas y sobre algunas de éstas, libros y periódicos.

## ESCENA I

Czarina languidece en el sofá toman-do café, y María Teresa entra por la derecha.

### CZARINA

Llegas a tiempo; yo creía que paseabas por el jardín cortando

botones y que con tu boca dabas  
a las palomas granos de trigo.

MARIA TERESA

Charlaba con los canarios, es  
casi lo mismo, ¡cantan divina-  
mente! Si los vieras cómo se re-  
componen, cómo agitan las ali-  
tas y cómo mueven el piquito, te  
morirías de risa.

CZARINA

(Sirviendo café). Un poquito, na-  
da más un poquito.

MARIA TERESA

Sí, muy poquito. Así Czarina.  
Me hace un efecto desastroso, me  
pone nerviosa, me aleja el sueño.  
De por sí no puedo dormir. Mira,  
siempre que tomo café, me siento  
ligera, ligera como una pluma, y  
me parece que piso en gasas o  
que ando entre nubes.

CZARINA

¡Es que no te gusta tanto como a mí!

MARIA TERESA

¡Me encanta!

CZARINA

Habías de entrar a la moda; no hay nada más *chic* que tomar café, cruzar la pierna, lucir la media de seda y encender un pitillo...

MARIA TERESA

(Riendo). ¡Sí? ¡Estás muy refinada!

CZARINA

...Y luego, uniendo el vapor de la taza con el humo del cigarro, acordarse de la primera cita, del primer beso de amor... y formar castillos en el aire.

MARIA TERESA

(Llevándose la taza a los labios).  
¡Que loca eres!

CZARINA

¡Que elegante!

MARIA TERESA

Te diré: las mujeres no necesitamos del café, ni del tabaco para formar quimeras; siempre vivimos una vida de ilusión, una vida de eterna esperanza forjada con nuestros ideales y con nuestras lágrimas; es una segunda naturaleza, naturaleza falsa—claro está—la mayor parte de nosotras somos contemplativas, y tan frágiles que no soportaríamos una pena sencilla, un suave dolor o un loco desengaño, si no inventáramos luego una bella mentira que nos dejara ver una senda lila bordada de margaritas... Eter-

namente estamos deseando algo mejor, algo que como a manera de encantamiento va a venir a nosotras: ya sea príncipe azul o hada madrina; muchas no hemos querido creer en la muerte de las hadas... (Con tristeza). Y sin embargo... la vida es cruel... la vida es una infamia...

CZARINA

¡Si todas pensaran y sintieran igual a nosotras!

MARIA TERESA

¡Estás curiosa!

CZARINA

Hay almas femeninas que dejan correr la existencia con monotonía desesperante; todo es igual para ellas, el día que sufren, lloran, y cuando gozan, ríen; tú y yo somos al revés, cuando el desen-

canto llama a nuestra puerta, lo recibimos con dolorosas sonrisas; y cuando la dicha agita sus arlequinescos cascabeles en nuestros corazones, lloramos, lloramos como las pequeñas.

MARIA TERESA

Esas almas son más felices que las nuestras, son almas que viven al día y para ellas el porvenir... —no tienen noción del porvenir— son almas vulgares, con vulgaridad bestial.

CZARINA

Bestial e insufrible... No filosofemos ya. (Sirviendo todo el café). Es todo lo que queda; de lo bueno poco.

MARIA TERESA

¿Y Luis Manuel?

## CZARINA

Cuando venga el encanto mío, nos encontrará, a tí leyendo y a mí bordando sobre seda azul un lirio de oro... Le ha fascinado el *velador*, dice que no halla las horas de tenerlo en su mesa. Yo no quería que lo viera, deseaba sorprenderlo, pero ayer a la caída del sol, él me sorprendió bordando en el jardín bajo la bugambilia, quise correr como una colegiala y me detuvo, besándome en la boca con tal intensidad, que lo desconocí. Hacía tiempo, mucho tiempo que no me besaba así... y luego, bromeando, me dijo: que el *velador* fingía bordado de dalmática bizantina, y que mis manos también parecían de virgen bizantina, tal vez por largas y por pálidas... (Con gran interés). Y ayer apareció en su Revista la tercera carta mía... (Con tristeza).

¡Si él supiera que yo soy Berenice!...

MARIA TERESA

Y está maravillado con las cartas. Entusiasmado me hablaba de una escritora desconocida; sentí deseos de decirle que tú eras, que las cartas eran tuyas.

CZARINA

Hiciste bien en no contarle mi secreto, al fin he logrado mi anhelo, pero ahora tengo celos de mí misma; las vibraciones de mi espíritu han encontrado eco en su alma de esteta, mis frases le han llevado una armoniosa sensación, mis letras han sido las dulces mensajeras de un beso etéreo, pero él no lo sabe... no sabe que ese beso de supremo amor, esa lluvia de pétalos, ese raudal de perfumes es de mi alma, de Czarina, de su Czarina que siempre

está junto de él, y él piensa que es de Berenice, de una mujer ilusión, de una mujer ave, de una mujer perfume, de una mujer fantasma que se llama Berenice... de una mujer que mi Luis Manuel no esperará besar nunca...

## ESCENA II.

Las mismas.—Un criado.

CRIADO

No sé quién ha dejado abierta la puerta de la pajarera y los canarios andan entre los naranjos... Todosse han escapado.

MARIA TERESA

(Asombrada). ¡Dios mío, mis canarios! (Se va corriendo por la derecha).

CZARINA

¡Con agua! ¡Cuidado con el gato!

### ESCENA III.

CZARINA

Quisiera ser canario, volar, volar, bañarme de sol, perderme en lo azul y olvidar el amor... confundirme en las nubes, hacerme diáfana, luminosa... o tornarme gota de agua y caer sobre una rosa... Si tuviera alas ascendería, ascendería hasta diluirme en el espacio... (Va al jarrón, arregla las rosas y con gran esmero quita las marchitas y las hojas amarillas). Pobres flores mías, parecéis corazones heridos, ilusiones que agonizan, amores que se deshojan y dejan un perfume doliente como cuando sacan muerto... (Las besa, coge un libro y se sienta a leer en un ángulo del salón).

## ESCENA IV.

Luis Manuel avanza tenuemente, gallardamente, hablando solo. Czarina deja de leer y clava su mirada apasionada en Luis Manuel.

### LUIS MANUEL

(Con melancólica, con lenta frase). Berenice, Berenice, como la frágil heroína de Maurice Barrés, ha de ser una mujercita pálida de tierno sonreír, delicada como una figurita de biscuit, vibrante como una cuerda de arpa... (Czarina va muy quedo hacia Luis Manuel, sin que este se dé cuenta). ...Laura, no es Berenice, Amada, no es Berenice, Lucrecia, no es Berenice... ¿Quién será Berenice? ¡Oh, Berenice, «princesita del divino imperio azul, quién besara tus labios luminosos!» ¡Quién acariciara tu frente de cera! ¡Quién bebiera tu alma en tus pupilas!....

CZARINA

(Colocando sus manos pálidas en el hombro de Luis Manuel; hablándole con ternura infinita). ¡Luis Manuel!

LUIS MANUEL

(Queriendo ocultar su emoción y besándola en la mano). ¡Tú, Czarina, mi Czarina...!

CZARINA

(Con dulzura). ¿Qué dices? ¿En quién pensabas?

LUIS MANUEL

Nada, en nadie.... Sí, en una mujer que no conozco y que envía cartas literarias para mi periódico... Eso es todo....

CZARINA

Eso es todo.... Y deseas y ansías besar sus labios trémulos y acariciar su frente de cera...

LUIS MANUEL

(Acariciándola y sonriéndole). Literatura también.

CZARINA

¿Y que a esa literatura no podríamos llamarla amor espiritual, comunión de almas?

LUIS MANUEL

¡Amada mía...!

CZARINA

Ya no me quieres, Luis Manuel, ya no amas a tu Czarina; el alma de Berenice me ha robado tu cariño, ella ha encontrado a tu alma y vive en tu pecho, tú sientes la presencia de esa alma enamorada y no has podido dar con ella.... Esa es tu pena y ese es mi celo y mi desencanto....

LUIS MANUEL

¡Czarina!

## CZARINA

No me lo niegues, no me lo quieras ocultar. Dime la verdad, aunque me despedaces el corazón, aunque me muera... Te fastidia mi vulgaridad... te enfada que yo sea como todas las mujeres, como todas esas almas femeninas que dejan correr la existencia con monotonía desesperante. No me has comprendido... Y ahora por esa alma anónima, por esa alma fantasma, ya no te encantan mis manos de virgen bizantina, ni te obsesiona la amorosa claridad de mis negros ojos...

## LUIS MANUEL

(Hundiendo sus dedos en la cabellera de Czarina). ¡Te adoro, vida mía....!

## CZARINA

(Jubilosa). He realizado mi ensueño, que tu alma adore a mi

alma, Luis Manuel, ya no amas sólo al vaso, aspiras el perfume... Ahora embriágate, ahora bebe en mis labios que arden de pasión, el alma de Berenice, y cópia-te en mis pupilas... Luis Manuel, yo soy Berenice... ¡Bésame, bésame!

LUIS MANUEL

¡Berenice, Berenice!

(Se oye un beso, un beso inmenso, el beso de dos almas que se encuentran).



## ÍNDICE



|                             | Págs. |
|-----------------------------|-------|
| PRÓLOGO. . . . .            | 5     |
| Ofrenda. . . . .            | 11    |
| Del pasado. . . . .         | 13    |
| María Elena. . . . .        | 25    |
| Trifaldín . . . . .         | 31    |
| Confidencia. . . . .        | 37    |
| La última sonrisa . . . . . | 43    |
| Cartas de mujeres. . . . .  | 49    |
| Amor ajeno. . . . .         | 55    |
| Berenice. . . . .           | 69    |











863.6 J61



a39001 008172598b

12224

